Sección de notas

LA CRISIS DE LA ENSEÑANZA MEDIA EN AMERICA LATINA *

1. *De la secundaria de élite a la de masas. La crisis de legitimación*

El consenso entre los expertos es completo: la enseñanza media, al pasar de elitista a masiva, está sufriendo una crisis estructural y metodológica que no tiene parangón en ningún otro sector del sistema educativo.

Hasta aproximadamente los años cincuenta la enseñanza media era lo que, en expresión feliz, llamaban los pedagogos franceses «la sala de espera», es decir, un lugar donde los hijos de las clases pudientes maduraban hasta que se producía su incorporación a la enseñanza superior o a las ocupaciones de administración de propiedades y ejercicio del poder. En América latina esto tenía lugar generalmente en colegios religiosos o en liceos de origen y fundación europea y norteamericana, cuando no viajaban los educandos a cursar estudios en aquellos países.

La enseñanza secundaria era básicamente literaria, memorística, y se acompañaba de una indoctrinación en los usos y costumbres de la clase social dominante.

Es de particular interés hacer mención del aspecto ideológico de esta etapa, pues durante ella, dentro y fuera del aula, el joven se acostumbraba, por una parte, a considerarse miembro de una clase con aguda conciencia de servicio nacional y correlativos privilegios, y, por otra, era introducido en un cosmopolitismo que le hacía ambicionar las satisfacciones de sus coetáneos de países ricos.

Semejante ambivalencia era profundizada mediante una indoctrinación religiosa que le llevaba a despreciar los oficios manuales e incluso las artes industriales y a ejercer un acusado paternalismo respecto de los pobres y de los morenos, a quienes, en expresión eclesiástica, no se les debía enseñar la teología de la interpretación, sino el catecismo del deber.

Tal estado de cosas se representa gráficamente en el tanto por ciento

* Ponencia para reunión de consultores CINTERPLAN (OEA) del 21 al 25 de marzo de 1983 en San José de Costa Rica.

de jóvenes escolarizados. Sólo un 5 por 100 de la población latinoamericana comprendida en la edad correspondiente cursaba la secundaria a tiempo completo.

En los años cincuenta las cosas comenzaron a variar. La emigración a las ciudades y el crecimiento demográfico vegetativo, hecho posible por el control de las enfermedades infecciosas, hacía crecer la enseñanza primaria y, por efecto de la inercia global del sistema educativo, cada vez más graduados de ella llamaban a las puertas de la secundaria, que se abría así a clientelas no tradicionales.

El impacto de los números produjo un primer efecto: la diversificación. Los gobiernos contemplaron, por una parte, la posibilidad de propiciar la gratuidad de la secundaria, creando institutos públicos que se alineaban junto a los colegios de élite para acoger a las nuevas clases medias urbanas. Por otra, trataron de establecer currícula formales de entrenamiento para el empleo que hicieran posible la llegada al mercado de trabajo por una vía nueva, la escolar, junto a la tradicional del aprendizaje en el oficio.

La enseñanza media se diversificó, tanto en la estructura y fundación de sus establecimientos como en las modalidades de instrucción, y, junto a la secundaria literaria, que consolida su carácter de transicional hacia la enseñanza superior, nacen otras ramas: la técnica, la comercial.

El Seminario Interamericano de Educación Secundaria en América, celebrado en Chile en 1954, da cuenta de esta situación, señalando cómo el índice de crecimiento de la secundaria excede al de crecimiento de la población, así como aumenta su capacidad de retención.

Las nuevas clientelas, las clases medias urbanas, grupos numerosos de las clases trabajadoras y, sobre todo, las mujeres, buscan en el mayor consumo de escolaridad esa meritocracia del talento que las doctrinas al uso empiezan a extender por América latina. Era la época de la CEPAL, de la industrialización sustitutiva de importaciones, del nacionalismo intelectual.

Pero la esperanza no era excesivamente fundada. Ya desde mediados de los años sesenta, y con diversos matices según los países, las cosas no ocurrían como los expertos habían pronosticado. Las nuevas clientelas de la secundaria no conseguían muchos mejores empleos después de cursarla. Los filtros económico-sociales ajenos a la escolaridad adelgazaban las filas de los candidatos a subir los peldaños de la escalera. Había, sin duda, mayor porosidad en el tejido social; la inversión en la educación propia seguía siendo una apuesta valiosa, pero los acontecimientos que se precipitaron en la década de los setenta echaron un jarro de agua fría sobre los creyentes en la teoría del capital humano que

había fundamentado, entre otras, la expansión y la diversificación de la escolaridad formal.

La teoría del capital humano, alumbrada en los optimismos de la reconstrucción posbélica, sostenía que el famoso factor residual que explicaba la prodigiosa recuperación de países como Alemania y Japón era la inteligencia, la capacidad de sus gentes. Por consiguiente, y al tiempo que las inversiones físicas, los países deberían invertir en su capital humano, es decir, en educación. La teoría tenía una vertiente individual, la educación compensatoria, que formaba parte de la doctrina del capitalismo tardío, y que afirmaba que, al igual que las naciones mejorarían su suerte invirtiendo en educación, a las personas les ocurriría lo mismo. Esta filosofía, más o menos sinceramente creída, formaba parte del bagaje de los expertos que, desde la UNESCO, desde el Banco Mundial, desde el AID, trataban de persuadir a los países pobres de incluir a la escolaridad entre sus prioridades de inversión. Muchos de esos países compartían ya el mismo credo, como una herencia más de la época colonial.

Las circunstancias posteriores probaron que las reglas de juego de las transacciones internacionales y los mecanismos del mercado de trabajo no tienen mucho respeto por las teorías. En la dinámica de poder político y económico que se produce entre los países hegemónicos y los dependientes, en las decisiones empresariales sobre inversiones y empleos, no parece que se incluya, como estrategia, la promoción de la igualdad. Más bien, a medida que se desarrollan nuevas formas de colonialismo, como el liberalismo friedmanita, los países dependientes ven crecer su deuda y disminuir el precio de sus productos. Como sostiene un amigo costarricense, la verdadera dependencia consiste en que en 1960 bastaba un saco de café para importar un televisor americano, y hoy hacen falta cinco.

Paralelamente, y por las mismas razones, hoy contemplamos cómo miles de graduados medios y universitarios latinoamericanos tienen que emigrar en busca de lugares donde la situación económica produce empleos. Estar educado muchas veces no significa más que estar desempleado con más conciencia de ello.

La enseñanza secundaria, por consiguiente, ha ido perdiendo sus diferentes legitimaciones o al menos las ha visto disminuir considerablemente. La primera legitimación, el servir de complemento a la socialización de los pudientes, ya no existe para éstos de la misma manera que hace treinta años. La segunda legitimación, el proporcionar acceso social, el convertirse en pieza de la meritocracia del talento, en parte de la educación compensatoria, ya vemos que también está fallando. Ya no basta con cursar la secundaria para cambiar de *status,* es necesario, ade-

más, tener las oportunas conexiones, o trabajar duro o simplemente tener suerte. En cierto sentido, la legitimación de la secundaria como ascensor social es una contradicción, porque mientras los últimos y más altos escalones de la escalera socioeconómica sean habitados por relativamente poca gente, y de eso ya se encarga el sistema, los modos de llegar a ellos se sofisticarán más y más y tendrán poco o casi nada que ver con los méritos escolares.

Nadie puede negar que la generalización de la secundaria haya traído beneficios individuales y colectivos. Cualquier ampliación de actividades culturales los tiene, y precisamente el fallo de las doctrinas economicistas es insistir demasiado en los aspectos productivos de la educación. La educación secundaria es, evidentemente, un plus para sus clientelas. Los jóvenes expuestos a ella ven crecer su potencial intelectual, su entendimiento de sí mismos y de sus circunstancias. Pero la escolaridad no ocurre en un vacío y las condiciones estructurales circundantes influyen poderosamente tanto sobre el aprovechamiento individual como sobre los efectos globales de ese sector de la escolaridad. De hecho, la escolaridad secundaria en América latina se está convirtiendo en una herramienta política para resolver problemas ni escolares ni productivos.

2. *La secundaria como aparcamiento de menores*

Probablemente el fenómeno social latinoamericano más importante de las últimas décadas sea la emigración del campo a la ciudad, la creación de esas megalópolis rodeadas de villas-miseria que constituyen hoy el escenario tercermundista más popularizado en los medios de comunicación.

Los problemas generados por la satisfacción de las necesidades urbanas, en un microcosmos económico-social de gran variedad, han conducido a la utilización de mecanismos de gran simplificación. Uno de ellos es la escolarización de los menores como fórmula que resuelve a la vez la dedicación de los adultos a tareas productivas y los riesgos de una socialización infantil abierta, propia de escenarios más rurales. Con independencia de lo que ocurra dentro del aula, de las pedagogías o tecnologías educativas, el significado estructural de la escolaridad urbana es haberse convertido en una parte del diseño espacio-temporal de la ciudad, segregando a los menores del mundo de los adultos. Los problemas de escolarización, de deserción, son vistos por los expertos más como un riesgo para la pacífica convivencia que como cuestiones pedagógicas.

En esta operación de aparcamiento diurno de menores juegan fac-

tores de inercia del sistema educativo tales como la tendencia a repetir el modelo —más de lo mismo—, de modo que muchos de los graduados de la primaria, los que no son empujados por la necesidad o el aburrimiento a abandonar, pasan casi sin darse cuenta a la secundaria, para seguir cursando un *curriculum* básicamente literario y memorístico.

La escolaridad llega entonces a convertirse, más que en una preparación para la vida activa, para el trabajo, en una alternativa a éste, propiciada sobre todo por la incapacidad histórica de los países latinoamericanos para proporcionar suficiente empleo a su población. Es decir, que la larga escolarización de los menores está siendo una solución política, alicorta y perezosa, a los profundos problemas derivados de una industrialización, de un desarrollo que no contiene previsiones para los dos fenómenos sociales más cruciales de la época: la explosión demográfica y la estampida humana del campo a la ciudad.

3. *La secundaria como factor de selección laboral*

Cuando en la época de los sesenta la secundaria se expandió y se diversificó, una de las estrategias de la diversificación, o al menos una de sus consecuencias, fue propiciar la clasificación laboral y, por ende, social. La secundaria no literaria, aquella que no conduce directamente a la enseñanza superior, debía contribuir a la formación del capital humano necesario para la industrialización, proporcionando cuadros burocráticos, técnicos medios, obreros especializados. Se trataba de un intento, generalizado por aquel entonces en todo el mundo industrial, de añadir a la vieja tradición del aprendizaje en el oficio otra: la preparación previa en el sistema educativo.

Veinte años después, la secundaria profesional atraviesa una grave crisis causada, entre otros, por los siguientes factores: en primer lugar, el entrenamiento en el empleo sigue siendo prioritario, sobre todo para el sector moderno de la economía. La economía, en los países más adelantados, como Alemania y Japón, destina más dinero a capacitación laboral en el sector productivo que en el educativo. Las empresas entrenan o reentrenan a sus trabajadores, de cualquier nivel y condición, de forma más eficaz y hasta más barata que la escolaridad formal, y ello sólo tiene un pero. Que el sector productivo sólo entrena a los que necesita y en la medida en que los necesita, lo cual quiere decir a una parte muy pequeña de la población en edad de trabajar. Y, para colmo, muchas habilidades profesionales modernas se adquieren en el mercado de la enseñanza comercializada, a precios a veces inalcanzables por los que más las necesitan.

La secundaria profesional tiene además problemas graves de organización. No siempre se pueden conseguir las mejores máquinas ni los mejores instructores para las diversas capacitaciones. Con frecuencia el utillaje de una escuela profesional es un resto de máquinas obsoletas manejadas por profesionales que no encuentran trabajo o lo han abandonado ya. De hecho, ningún gobierno se ha planteado en serio organizar y financiar una secundaria profesional de dimensiones anchas.

Finalmente, en virtud de los mecanismos internos del sistema educativo y la estratificación social implícita en ellos, la secundaria profesional tiene una connotación menos noble que la literaria, con lo cual sus clientelas, incluso las menos aptas y más necesitadas de empleo, tienden a preferir ésta. Ello, a veces, coincide con el deseo de los empleadores que prefieren una preparación general a una específica para muchos puestos de trabajo. Asimismo, gracias a la perenne abundancia de mano de obra disponible, muchos empleadores elevan el nivel del certificado educativo requerido para cada empleo, con lo cual disponen de un mecanismo extra de selección laboral, aparentemente más noble que los anteriores.

En razón, pues, a todos estos factores, la secundaria profesional se convierte, como la literaria, en puro alargamiento de escolaridad, en este caso para los más pobres o menos dotados intelectualmente.

4. *La crisis metodológica*

La transformación de la secundaria de élite en secundaria de masas, por mucho que se la haya querido diversificar y acomodar a sus diversas clientelas, ha traído consigo una notoria crisis metodológica, tanto en razón a cuestiones propias como a la influencia en ellas de las nuevas formas de transmisión de información y modificación de hábitos de comportamiento producidas por la industrialización urbana.

La función menos controvertida, y por tanto menos puesta metodológicamente en cuestión, es su carácter de filtro interno al sistema educativo para proceder a la selección de los candidatos a la enseñanza superior. Se le critica, sí, su acusado formalismo, su funcionalidad a la estratificación social; pero pedagógicamente no se la contesta demasiado. Y es lógico. Como su razón de ser es preparar para el ingreso en la enseñanza superior, el mensaje metodológico lo recibe de ella. De suyo, la enseñanza media literaria es una manera prolongada de examen de ingreso a la Universidad.

Pero el problema nace con la masificación. Tanto las nuevas clientelas de la secundaria literaria como las de la profesional carecen mu-

chas veces de la motivación y de la tradición para el estudio a tiempo completo. Si hay una descripción válida para esta etapa de la escolaridad es la del aburrimiento. Aburrimiento de los jóvenes al seguir haciendo a los dieciocho, a los veinte años, lo que vienen haciendo desde casi los tres, es decir, escuchar unas explicaciones, leer unos libros y ser evaluados por su retención memorística de ellos. Aburrimiento y frustración del profesorado cuyo perfil profesional está mucho menos claro que el del maestro de primaria o el del profesor universitario. Sólo aquellos alumnos con tradición o los muy motivados saben sacar partido de sus años de secundaria, aunque pronto averiguan que la dedicación al estudio no es condición suficiente para el éxito o la movilidad social.

La crisis pedagógica de todo el sistema educativo convencional, fruto de su inadecuación a los modernos escenarios, afecta singularmente a la secundaria. El sistema educativo, en general, funciona por simulación abstracta de comportamiento futuro. En el aula se reproducen simbólicamente las cosas que luego se harán realmente, y muy pocas pedagogías han incorporado la participación activa, la presencia de máquinas y utensilios, la experiencia real.

La sociedad industrial, al contrario de la rural, no ha encontrado todavía una fórmula de maduración del niño, del joven, que sea una buena combinación de experiencias reales y vicarias. En el mundo rural, la socialización del menor, por muy penosa y dura que a veces fuera, era congruente con su vida futura. En el mundo industrial urbano las cosas no están tan claras. Por una parte, hay un mayor respeto hacia el menor y su escolarización, junto a la tantas veces infringida prohibición del trabajo precoz; son formas de proteger su maduración física y mental. Por otra, la extrema delgadez del mercado de trabajo propicia la creación de un nuevo *status* social, la adolescencia forzosa, que es una moratoria de responsabilidad social llena de complejidades, para la cual no se ha encontrado apenas otro contenido que el escolar. Y como la escolarización prolongada conlleva un cierto desprecio del trabajo manual, se produce ese analfabetismo funcional de muchos de los estudiantes, que desconocen los mecanismos de las máquinas que pueblan su vida cotidiana.

La fuerte estratificación y la miseria del tercermundismo propician además una gran frustración de los menores de las capas sociales más desafortunadas que, con frecuencia, se evacua por senderos de inconformismo, cuando no de abyección, justamente en las edades en que se cursa la secundaria. Finalmente, las nuevas tecnologías, la radio y la televisión, estimulan un desasosiego, una insatisfacción con el lento transcurrir de la jornada escolar, diseñada con modelos eclesiásticos de indoctrinación y disciplina.

Muchos abandonos de la secundaria no se explican solamente por la necesidad de conseguir pronto ingresos. Se explican por esa impotencia del sistema educativo, sobre todo en países y zonas pobres y dependientes, para lograr retener a sus diversas clientelas con fórmulas de socialización y aprendizaje que sean capaces para motivarlas. Y con harta frecuencia la escolaridad se convierte en una especie de castigo, en una obligación penosa que, como el servicio militar, hay que cumplir porque no queda otro remedio.

5. *Propuestas de reforma*

Tanto en los escenarios desarrollados como en los más tercermundistas, en países hegemónicos como en los dependientes, la notoria crisis de la enseñanza secundaria está produciendo una literatura reformista abundante, así como una sucesión de reuniones, coloquios, mesas redondas sobre el tema.

Dos cautelas sociológicas se imponen: la primera, la más obvia, es que la escolaridad es un subproducto blando de las zonas más duras de la convivencia. La dinámica política, las decisiones económicas, las innovaciones tecnológicas marcan con sello de hierro los modos de socialización y aprendizaje de los menores. Sin una transformación de aquéllos no hay modificación sustancial de éstos.

La segunda cautela, corolario de la primera y de necesaria aceptación para todas las utopías pedagógicas, es que desde la escuela no se puede cambiar profundamente la vida. El sueño, primero de la indoctrinación eclesiástica y luego de la progresista, consiste en que quien tenga a los hombres de pequeños impondrá su impronta en la sociedad. Basta repasar la historia inmediata para comprobar lo relativo de esas esperanzas. Cualquier hipótesis de solidaridad, de las muchas alumbradas en el mundo latinoamericano, choca contra la industrialización de énfasis en capital y energía artificiales, con sus pactos e imposiciones político-financiero-militares, que influye —educa— a menores y a adultos, tanto en sus hábitos de trabajo como de consumo, con mayor fuerza y contundencia que los largos años de escolaridad. De hecho, uno de los mecanismos más hábiles del control social contemporáneo es el permitir la discusión de modelos alternativos de convivencia en los espacios escolares, para compensar simbólicamente la inexorabilidad del presente. Es una fórmula más de evasión, como las experiencias vicarias de la televisión, de la literatura.

Dicho esto, el repaso de las propuestas de reforma proporciona pocos optimismos. Es cierto que, con más dinero y mejor organización, la

eficiencia interna de la escolaridad secundaria sería mayor, pero no parece que haya mucho ánimo en el hemisferio para dedicar actualmente más dinero y más energía a la escolaridad, y menos al nivel medio de ella.

Una directriz, recientemente aprobada en el ámbito de la OECD, invita a los países miembros a: 1.° Facilitar un mayor acceso y una mayor participación en este nivel. 2.° Diseñar currícula relevantes a las cambiantes necesidades políticas, económicas y sociales. 3.° Facilitar la flexibilidad tanto de la estructura como del contenido de la escolaridad secundaria; y 4.° Incrementar la eficiencia interna del sistema.

Iguales o parecidas afirmaciones de principio se hacen en nuestro hemisferio, y la mayoría no pasan de ser piadosas declaraciones de intención.

Yo voy a repetir aquí una propuesta radical, recientemente ofrecida al Gobierno socialista español, aunque sin muchas esperanzas de verla aceptada aquí ni allí:

a) Interrupción de la escolaridad formal para todos los menores por al menos dos años después de finalizar la primaria.

b) Sustitución por un período de trabajo, organizado mediante la cooperación del sistema productivo y las municipalidades, en el cual los jóvenes se familiarizasen con las máquinas y los sistemas de la economía, prestando un servicio a la comunidad a cambio del salario mínimo. De esta manera el joven se probaría a sí mismo en experiencias reales y podría decidir, con mayor fundamento que hasta ahora, si le convenía volver a la escolaridad formal para ingresar en una enseñanza superior más diversificada que la actual, o combinar trabajo y educación en las etapas inmediatamente posteriores de su vida.

La financiación pública de este esquema, incluida la reabsorción del profesorado, resulta probablemente más barata que la potenciación de la enseñanza secundaria en su estructura actual y también más conveniente para corregir los problemas de desempleo de la economía, aunque es más que seguro que la presión de los intereses afectados impidiera llevarlo a cabo efectivamente.—*ALBERTO MONCADA (Evaristo San Miguel, 18. MADRID-8).*

SELECCION BIBLIOGRAFICA

Educación y sociedad en América Latina y el Caribe. Compilador German W. Rama, Unicef, 1980.

MONCADA, Alberto: *La crisis de la planificación educativa en América Latina,* Tecnos, 1982.

VERA' GODOY, Rodrigo: *Disyuntivas de la educación media en América Latina,* Dealc, 1979.

OECD: *Development of secondary education. Trends and implications,* 1979.